

ADAM ZAGAJEWSKI

UNA LEVE
EXAGERACIÓN

TRADUCCIÓN DEL POLACO DE
ANNA RUBIÓ Y JERZY SŁAWOMIRSKI

BARCELONA 2019



A CANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Lekka przesada*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2015 by Adam Zagajewski
Publicado con el permiso de Farrar, Strauss and Giroux, LLC,
Nueva York
© de la traducción, 2019 by Anna Rubió Rodón y Jerzy Sławomirski
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

Este libro ha recibido una subvención del Instytut Książki,
a través del programa de traducción © POLAND



En la cubierta, *Un roble en invierno* (c. 1842-1843),
de William Henry Fox Talbot

ISBN: 978-84-17346-98-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 532-2019

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

DE TODOS MODOS, NO LO VOY A CONTAR TODO. Porque, bien mirado, no ha pasado gran cosa. Y, además, soy un representante de la vieja escuela de la discreción de la Europa del Este: aquella que no habla nunca de divorcios ni reconoce que uno está deprimido. La vida transcurre tranquila, y al otro lado de la ventana reina un diciembre grisáceo y excepcionalmente cálido. Un par de conciertos. En el club de los abogados, una joven y prometedor cantante. En cambio, ayer hubo un bellissimo concierto con música de Dmitri Shostakóvich (tocaron también el cuarteto de cuerda *Au-delà d'une absence* que le dedicó su biógrafo, Krzysztof Meyer) y, entre otras piezas, no faltó la *Suite vocal instrumental para soprano, violín, violonchelo y piano*, op. 127 con textos de Aleksandr Blok, que yo no conocía. El repertorio fue interpretado por unos estudiantes de la Academia de Música llenos de entusiasmo y técnicamente perfectos. La última pieza, precisamente aquella suite, nos causó a mí y a M. una gran impresión. Puesto que el pretexto del concierto era el centenario del nacimiento del compositor, hubo un plus, un añadido: los estudiantes prendieron unas velas en el escenario y sólo dejaron encendido algún foco de seguimiento. Parecían haber alcanzado un insólito nivel de recogimiento. A menudo vivimos la música así de profundamente cuando escuchamos a intérpretes muy jóvenes que aún no están corrompidos por la rutina y la carrera, a músicos de corta edad que tocan con cuerpo y alma y se divierten haciéndolo.

UNA SENSACIÓN DE ALEGRÍA cada vez que me encuentro en la plaza mayor de Cracovia. Sea cual fuere la estación del año o la hora del día, admiro la majestuosidad de este lugar, el extraño hacinamiento cubista de los edificios, la fusión de la simetría con la asimetría, de la ligereza italiana de la Lonja de los Paños con la adustez gótica de la iglesia de Santa María, como si de los bloques de un rompecabezas gigante se tratara.

LEO UN ARTÍCULO sobre Gottfried Benn en la revista *Poetry*. Al mismo tiempo, el boletín varsoviano *Literatura na Świecie* [Literatura del mundo] publica una amplia selección de poemas, cartas y esbozos de Benn en un grueso tomo dedicado a él y a Bertolt Brecht. Los dos murieron en 1956 y la implacable ley de los aniversarios los ha aunado cincuenta años después (ha aunado a dos poetas que, aparte de esto, no tuvieron absolutamente nada en común). Desde época muy temprana, Benn se mofaba de la aplicación de la teoría marxista a la literatura; en el Berlín literario de los años anteriores a la toma de poder de Hitler, un Berlín de izquierdas, su actitud burlona lo condenó a la soledad: un esteta inquebrantable entre los doctrinarios «mejoradores de la humanidad». Cada cierto tiempo, vuelvo a leer los poemas de Benn y casi siempre me electrizan («*Jena vor uns im lieblichen Tale...*» [Frente a nosotros se encuentra Jena, en un hermoso valle...]), al igual que lo hacen algunos fragmentos de sus esbozos y casi todas las cartas al señor Oelze, el mercader de Brema. Son unas cartas desparpajadas, a veces ligeramente cínicas, en las que de vez en cuando brilla un destello de poesía pura. Benn, paradigma del pequeñoburgués que llevaba una vida modesta de menestral (es cosa sabida que era médico dermatólogo, aunque nunca fue una celebridad ni ganó mucho dinero), eli-

gió como destinatario de sus pensamientos, observaciones y proyectos a Oelze, a quien idealizó y embelleció, atribuyéndole probablemente un rango social más alto del que le correspondía en realidad.

LEO LA VOLUMINOSA BIOGRAFÍA DE ROBERT MUSIL, obra de Karl Corino. Musil, autor de *Las tribulaciones del estudiante Törless* y de *El hombre sin atributos*, escribió un hermoso discurso tras la muerte de Rilke—uno de los primeros en reconocer la grandeza del poeta—. En el mismo libro, he encontrado la descripción de la tragicómica intervención de Musil en el Congreso en Defensa de la Cultura que tuvo lugar en París en junio de 1935. Musil ignoraba por completo que el congreso había sido organizado por los comunistas y que se admitían críticas al sistema nazi pero no a la Unión Soviética. Ni corto ni perezoso, defendió el individualismo del artista, advirtiendo de la amenaza del colectivismo que estaba cogiendo fuerza en varios países. Insistió también en que no había relación alguna entre la cultura y la política; se refería a que la mera existencia de la cultura contiene algo delicado, caprichoso e imprevisible, por lo que ni siquiera un sistema político decente es capaz de producir de por sí un arte verdaderamente grande. Fue abucheado por una parte de los asistentes que esperaban oír consignas propagandísticas y no reflexiones objetivas obra del raciocinio. Corino también habla con detalle de la miseria en la que vivió Musil, quien en los años treinta, al no ver perspectiva económica alguna para él y su esposa, llegó incluso a considerar la posibilidad de suicidarse. Lo atacaron por igual los nazis y los comunistas: el simple título de su gran novela, *El hombre sin atributos*, debía de sacar de quicio a unos y a otros. ¡Pero si ellos se desvivían por crear al hombre nuevo, a un hombre con atribu-

tos muy bien definidos! Tanto para unos como para otros, Musil era un «representante de la época burguesa que estaba en vías de desaparición». (¡Y pensar que aquella época burguesa no ha desaparecido en absoluto, o mejor dicho, desapareció para regresar en nuestros tiempos!). Musil pasó los últimos años de su vida en Suiza, viviendo con aún más estrecheces, en la pobreza y el aislamiento. Una persona que significó mucho para él fue Thomas Mann, a quien profesaba una mezcla de amor y odio, la *Hassliebe*, como dicen los alemanes. En la vida de Mann, todo eran éxitos; ni siquiera la emigración supuso una verdadera catástrofe. Los amigos de Musil relataban que éste, al oír el nombre de Mann en la boca de un interlocutor, se echaba a temblar de nervios. La acertadísima calificación de *La montaña mágica* por parte de Musil: esta novela es como el «estómago de un tiburón». Se refería a que la gran novela de Mann abunda en fragmentos no digeridos de todos los sistemas de pensamiento europeos y de todas las opiniones existentes. En cambio, *El hombre sin atributos* se rige por principios absolutamente distintos: todas las referencias a la realidad política y filosófica tienen allí un carácter indirecto, místico, alusivo. Musil estaba intrigado por *der Möglichkeitssinn*, el sentido de la posibilidad, es decir, por lo que ocurre solamente de forma condicional. Pero la gran pregunta es si, al introducir en *La montaña mágica* grandes dosis de ideas verdaderas, acaso Mann no había acertado.

EN POLONIA, la Navidad es la fiesta más radical y congruentemente familiar. Todo el mundo la celebra en casa. La Nochebuena es el momento más importante. Las casas y los pisos se convierten en fortalezas del egoísmo familiar o, si se prefiere, del amor familiar. Si ninguna familia los invita, los solitarios deben de sufrir un verdadero

suplicio... Y no se puede contar con los restaurantes: están cerrados. Este año, la Nochebuena ha caído en domingo: las calles han quedado desiertas desde primera hora de la mañana. El jueves y el viernes vi a decenas de estudiantes dirigirse hacia la estación del ferrocarril cargados con mochilas y maletas. Cracovia se estaba vaciando. Nochebuena: a eso de las siete, la ciudad ya está completamente desierta. La Plaza Mayor, que cualquier otro día e incluso cualquier otra noche bulle de gente, se ha quedado a oscuras, convertida en un yermo. De pronto, una atmósfera de guerra. M. y yo hemos salido a pasear. Hemos estado dando vueltas y más vueltas alrededor de la plaza sin podernos saciar de aquel silencio insólito, de aquella oscuridad y aquel vacío. Los incontables restaurantes situados a lo largo de los laterales—¡todos!—están cerrados y a oscuras. Sólo en un punto de la plataforma, se ha instalado un espíritu emprendedor que ha pensado en la posibilidad de agasajar a gente sedienta y con hambre. Bajo una techumbre de madera provisional, tres personas asan salchichas y chuletas en una parrilla y rehogan patatas y chucrut. Aquel punto iluminado y cálido atrae a los turistas, que deben de preguntarse estupefactos por qué los restaurantes, por regla general tan hospitalarios, han cerrado de repente. O por qué están cerradas las iglesias (que no abrirán las puertas hasta la hora de la misa del gallo). No saben que los curas también se han acomodado ante una cena de al menos doce platos, y que en sus mesas humean soperas llenas de *borsch*. Japoneses, italianos, franceses y estadounidenses hacen cola para comer unas modestas salchichas con chucrut. Alrededor, tinieblas. Detrás de las ventanas, las familias polacas celebran su fiesta, indiferentes al destino del mundo exterior. Nos hemos sentado junto a una de las mesas improvisadas. No hace frío. A nuestro lado, los turistas engullen la carne asada que les han servido en

platitos de plástico. Manchas amarillentas de mostaza sobre las bandejas blancas. Aquello era un oasis. Aquel punto iluminado bajo la techumbre de madera era una caricatura de Belén. Le he dicho a M. que se podría escribir una obra de teatro que intentara captar algo de este momento. La ciudad silenciosa y las conversaciones apagadas de los turistas. ¡Hazlo! Pero no sé hacerlo.

EN ESTAS FECHAS, tampoco consigo escribir versos. No es la primera vez que me ocurre. Y no vale la pena darle demasiadas vueltas al asunto. Hay poco que decir. Al hilo de esto, Karol Berger me refirió durante un paseo por el XVI distrito de París unas palabras de Víctor Hugo. A la pregunta de si es fácil escribir poemas, éste respondió: «Cuando uno puede escribirlos, es muy fácil; cuando no puede, es imposible».

ESTE OTOÑO, que ha sido largo, cálido y soleado, he estado varias veces cerca de la calle Bogusławskiego, una callecita corta. Justo al lado, está la calle de San Sebastián, el mejor camino para ir al barrio de Kazimierz, un istmo que permite pasar del recinto católico a la antigua judería. En un momento dado, hay que bordear un muro, detrás del cual se esconde el enorme jardín de un convento. Luego, basta con cruzar la calle Dietla—construida en el lugar donde, antiguamente, un brazo del Vístula separaba la ciudad de Cracovia de la ciudad de Kazimierz como una fosa—y ya estamos en otro mundo. Casi siempre me acercaba al edificio de color amarillo anaranjado donde vivió Czesław Miłosz durante algunos años. Han colocado una placa conmemorativa. Antes la placa no estaba, pero estaba Czesław, uno de los personajes más importantes de la ciu-

dad. Y su mujer Carol, que cuidaba del parterre con flores del patio. Miłosz vivía en la primera planta en un piso ampliado—le habían añadido la vivienda contigua—, un piso que, a su muerte, fue dividido otra vez por cosas de herencia. Ahora la calle Bogusławskiego está vacía. En ella vivió un hombre extraordinario, una mente privilegiada que, en contra de las tendencias de su época (¿quién ha dicho que haya que dejarse arrastrar por las tendencias de la época?), deseaba hacerse con la totalidad de los pensamientos y acontecimientos del momento histórico que le había tocado vivir. Que yo sepa, fue el único intelectual serio que estudió a conciencia los volúmenes de Harry Potter. ¿A santo de qué? Para saber qué leían los niños, qué atraía a los más jóvenes y qué significaba aquello para la evolución del mundo. Y, bondadosamente, le dio el beneplácito a Harry Potter: no tiene nada de malo, decía con su voz de barítono. A diferencia de Robert Musil y en sintonía con Thomas Mann, no le apasionaba el *Möglichkeitssinn*—el sentido de la posibilidad—, sino lo que realmente existía. Su poesía no carecía de inclinaciones místicas, pero la mística se alimentaba de lo real, lo palpable la hacía crecer como la levadura. En sus poemas, era un verdadero tiburón. Y también lo era en las lecturas: devoraba teología, filosofía, poesía e historia. En mis encuentros con poetas muy jóvenes de ambas orillas del Atlántico, pienso en él a menudo. Muchas veces dan la sensación de estar interesados sólo por el último número de la revista poética de moda, como si la poesía no fuera—además de muchas otras cosas—una respuesta al estado de un mundo que se expresa mediante miles de formas distintas: a través de la tristeza de un parado sentado en un banco del parque en un sereno día de abril y a través de un tratado filosófico o de una sinfonía.

EN NOVIEMBRE, una velada poética dedicada a Stanisław Barańczak en el Centro de Cultura Japonesa Manggha. Una audiencia numerosa, una multitud de estudiantes, uno de aquellos actos a los que hay que llegar con media hora de antelación para encontrar sitio. Organizaba la velada la editorial A5; Ryszard Krynicki invitó a varios poetas cracovianos para que leyeran algunos poemas de Barańczak procedentes de sus recién publicada antología poética. Entre otros, acudió también Wisława Szymborska, a quien se le otorgó el privilegio de leer uno de los poemas más hermosos de Barańczak: «Ella lloró por la noche». Yo escogí unos poemas del tomo *Viaje de invierno*, unas variaciones sobre los textos poéticos que Franz Schubert utilizó para su *Winterreise*. El autor de los versos alemanes es Wilhelm Müller, un poeta romántico mediocre, cuya obra sin duda habría caído en el olvido si no hubiera sido magnificada por la grandiosa música de Schubert, una música tan precipitada e impaciente como el destino. Su ritmo enérgico, casi militar, contrasta con la desaceleración, el efecto habitual de los inviernos en la Europa del Norte. La nieve, el frío y las nieblas suelen frenar el ritmo de la vida; el fuego crepita en la chimenea, el humo se eleva despacio y temeroso hacia el cielo nublado. Stanisław Barańczak hizo unas versiones de estas obras que, aun siendo del todo originales, casan a la perfección con la música. Leídas por separado, no causan una impresión tan potente como «Ella lloró por la noche», pero forman un todo inolvidable gracias a su melancolía alucinógena, gracias a la peculiar selección de motivos temáticos modernos (un avión, la avenida de una metrópolis) y a cierta indefinición en las metáforas. Barańczak, aquejado de una enfermedad crónica, no pudo venir de Boston, donde reside desde hace veinticinco años.

HOY, en el correo de la mañana, un regalo de la editorial Faber & Faber: *Selected Translations*, un volumen a cargo de Daniel Weissbort con las traducciones de Ted Hughes (Daniel Weissbort me llevó una vez en su coche al aeropuerto; esto ocurrió hace muchos años, en el Estado de Iowa, a comienzos de la primavera). Empiezo el día con la lectura de los poemas de Yehuda Amijai en la traducción de Hughes. Los poemas de Amijai derrochan un exceso de significados; cada renglón nos informa de algo. Si existen dos estados extremos de «condensación» del texto poético—la poesía como tejido, donde, como por ejemplo en Saint-John Perse, el lenguaje guarda la equidistancia con el centro oculto del poema, y la poesía como enunciado—, huelga decir que Amijai es un magnífico representante de la segunda opción, en lo cual se parece a Zbigniew Herbert. Estos dos grandes poetas, ambos nacidos en el año 1924, tienen tantas cosas que decir que no serían capaces de producir interminables poemas retóricos al estilo del diplomático francés (Saint-John Perse). Existe cierta semejanza entre ellos, el parentesco entre dos poetas dueños de una imaginación embargada a partes iguales por la guerra y el amor (aunque en Amijai hay más amor) y atemperada por los clásicos a los que leían y a quienes daban crédito. Amijai leía la Biblia hebrea, y Herbert, a sus griegos. Debían de ser conscientes de sus afinidades, porque se apreciaban y se querían mucho. Con Amijai, coincidí una sola vez: durante un festival en Róterdam, en 1983, si no me equivoco; mientras desayunábamos en el hotel, me dijo que los que más le interesaban eran los poetas y artistas nacidos en 1924. Pensé que yo había nacido demasiado tarde. Ahora ya no pienso así.

ESTABA ORDENANDO MIS PAPELES—actividad a la que debería dedicarme mucho más a menudo—y he dado con

el recorte de un periódico de provincias con la crítica de un libro mío escrita por una persona muy joven. Título de la reseña: «La vieja ola». El clásico ejemplo de malicia gratuita e irreflexiva. ¡Pero si todos vamos a morir algún día; los críticos jóvenes también!

LEO LOS ESBOZOS de Gershom Scholem, sus polémicas y sus retratos de intelectuales (el retrato de Rosenzweig, la polémica con Buber, etcétera). Como me ocurre siempre que leo a un autor inteligente que escribe con pasión sobre el *sacrum*, me invade la nostalgia religiosa.

EN ALGÚN LUGAR, Cioran le reprocha a Proust que el tema de la música, uno de los temas centrales de su gran novela, se entrelace y se mezcle con las peripecias personales de los personajes creando asociaciones con acontecimientos concretos del pasado, pero no se abra a algo «del todo diferente». Una observación muy interesante. Sin embargo, ¡mirad quién la hace! El mismísimo Cioran, que en la mayoría de sus ingeniosos aforismos intentó convencernos de que lo «del todo diferente» no existe. Y que sólo cambiaba de opinión por un instante, tras escuchar una cantata o una pasión de Bach.

EL POEMA ES COMO EL ROSTRO HUMANO: un objeto que puede medirse, describirse y catalogarse, pero también un llamamiento. Uno puede responder al llamamiento o ignorarlo, pero difícilmente conseguirá tomarle las medidas con una cinta métrica. Resulta difícil medir la altura de una llama con la ayuda de una regla de escuela.

EN LA OBRA DEL POETA SUECO GÖRAN SONNEVI, la música casi se vuelve Dios—mis estudiantes de Houston y yo leímos en una traducción de Riki Leser el manuscrito de este tomo excelente, que, por aquel entonces, no encontraba editor, unos poemas reflexivos realmente magníficos que habían conseguido fusionar elementos del todo personales con observaciones sobre el universo físico y biológico—. Mi amigo berlinés, el prosista alemán Helmut Lange, habla de la música, y en especial de *La canción de la tierra* de Gustav Mahler, en términos semejantes: para él, *La canción de la tierra* es Dios. Yo, que escucho música a todas horas y considero que es una de las piezas más extraordinarias, le llevé la contraria; le llevé la contraria porque no puedo aceptar que se identifique la música con Dios... Al parecer, los poetas que suelen escuchar sobre todo música pop, y de esos hay cada vez más, no muestran tendencias místicas de esta índole. Y, si no me equivoco, tampoco el *jazz* incita a la idolatría.

SIN CONTAR A LOS TEÓLOGOS, soy uno de los últimos autores que utilizan de vez en cuando el concepto «vida espiritual». En los tiempos que corren, en el mejor de los casos se habla de imaginación. La palabra *imaginación* es hermosa y abarca muchas cosas, pero no todo. Algunos me miran con recelo por este motivo, considerándome un reaccionario o por lo menos un conservador extremista. Corro el riesgo de hacer el ridículo. Los círculos progresistas me censuran o, si no, me miran de reojo. Los círculos conservadores tampoco entienden a qué me refiero. Los poetas de la generación posterior a la mía no se relacionan conmigo. Sólo un joven poeta español me dijo en Barcelona que tal vez el contenido de mis esbozos fuera la señal de que algún día el postmodernismo irónico sería superado. Pero ¿qué son el espíritu y la

vida espiritual? ¡Ojalá fuera yo más ducho en definiciones! Robert Musil sostiene que el espíritu es la síntesis del intelecto y la emoción. Es una buena definición práctica, aunque minimalista. Resulta más fácil decir—cosa que los teólogos saben muy bien—lo que el espíritu no es en la poesía, lo que no es en la literatura. No es un enfoque psicoanalítico, conductista, sociológico ni político, sino holístico, un enfoque en el que la Tierra, las estrellas y el rostro humano se reflejan talmente como en el casco de un astronauta.

ALGUNOS DÍAS EN PARÍS, a principios de enero. Una sensación extrañísima: después de haber vivido aquí durante dos décadas y haberme marchado en 2002, cada vez que regreso a esta ciudad, basta media hora para que todo me parezca tan perfectamente familiar y tan evidente como si nunca la hubiera abandonado. Viajamos en autobús desde Orly. Ante nuestros ojos, primero una pared de bloques modernos y feos y de casitas endeble típicas del suburbio parisino; inmediatamente después, la Porte d'Orléans, un estadio que está vacío a estas horas, la avenue du Général Leclerc; luego, la avenue du Maine, un rodeo a la place de Barcelone, obra del arquitecto español Bofill que, más o menos conscientemente, se inscribe en la tradición del realismo socialista y, por fin, la esplanade des Invalides. El autobús se detiene cerca del quai d'Orsay, es decir, del Ministerio de Asuntos Exteriores—los transeúntes no ven más que un edificio enorme a orillas del Sena—. Aquí, en este Ministerio, Alexis Leger, conocido por los lectores de poesía como Saint-John Perse, el autor de *Anábasis*, fue una gran figura en los años treinta. No sabemos mucho de aquello, pero es posible que Alexis Leger fuera en aquel tiempo el único poeta del globo terrestre que tenía una verdadera influencia en la actividad política auténtica y en los acon-

tecimientos que se producían en el mundo real—hago caso omiso de Mao Zedong, que era un monstruo, y, en una dimensión distinta, de Léopold Senghor, el futuro presidente de Senegal—. Es cierto que no faltaron poetas con rango de embajador, la lista sería larga, pero un embajador no es una figura realmente importante. Leger era otra cosa: manejaba los instrumentos del poder y era el cargo no electivo más alto en la estructura del ministerio francés. Podría parecer que el viejo sueño sobre un mundo gobernado por poetas se había hecho realidad: uno de nosotros podía influir en el curso de los acontecimientos. ¿Y qué pasó? Resulta que Leger (en cuyo caso hay que separar cuidadosamente los dos apellidos: el político y el poético), que en los años de la guerra fijó su residencia en Washington en calidad de refugiado político, no goza de buena opinión entre los historiadores de la diplomacia francesa. Se considera que formaba parte de los partidarios de la política de mano blanda para con la Alemania nazi, los mismos que en el año 1938 promovieron los pusilánimes acuerdos de Múnich por no entender en absoluto la naturaleza de la amenaza. De modo que, al parecer, nuestro hombre en el reino de la Realidad falló estrepitosamente... ¿Vale la pena, pues, repetir intentos de esta índole? ¿Enviar a otros? Quizá, mejor no.

SEGUIMOS EN PARÍS. Un enero cálido y húmedo. En los vagones del metro, mucha gente lee novelas muy gruesas, incluso en las horas punta, cuando los pasajeros que no han conseguido encontrar asiento se agolpan por encima de las cabezas de los lectores. Porque París es la capital de la novela. En esta ciudad, leer y escribir novelas es un negocio muy serio. Sólo los usuarios del metro y de la densa red de trenes de cercanías necesitan grandes cantidades de material de lectura cada mes. Y si las necesitan, ¡adelante!, las

editoriales son plenamente conscientes de ello y no paran de producir nuevos volúmenes. Luego, las grandes librerías—por ejemplo, la mítica FNAC—erigen capillas dedicadas a los literatos, unos altares con la fotografía del autor en el centro y sus libros amontonados alrededor... Como en la descripción que hace Proust de las librerías parisinas después de la muerte de Bergotte, cuando los libros abiertos de este escritor recordaban a unos ángeles con las alas desplegadas que velaran el alma del difunto. Sólo que Proust relata un suceso extraordinario y muy hermoso, mientras que lo de las librerías de la FNAC es un fenómeno cotidiano y puramente comercial. Y las novelas escritas para los pasajeros del metro y de los trenes de cercanías no tardan en caer en el olvido. En su lugar, aparecen otras nuevas. Casi nadie las relee. En los puestos de los buquinistas de las orillas del Sena, se exhiben miles de portadas amarillentas de novelas de hace cincuenta u ochenta años, unas novelas que tuvieron sus cinco minutos de gloria y a las que ahora les toca mojarse y pasar frío a la intemperie: su suerte no difiere mucho de la de los vagabundos. En cambio, los tomos de poesía, por no hablar de sus autores, siempre las pasan negras en París. Es cierto que en los vagones del metro a menudo hay carteles con un poema breve (al igual que en el *subway* neoyorquino), pero tengo la sensación de que casi nadie los mira; los pasajeros sumidos en la lectura de sus gruesas novelas no los ven ni quieren verlos. (Hace tiempo, cuando expuse en Alemania mi teoría sobre la rápida caída en el olvido de las novelas, mi vecina de mesa, visiblemente en desacuerdo conmigo, susurró con voz silbante: *das ist Kulturpessimismus!*).

EL MOTIVO PRINCIPAL DE NUESTRO VIAJE a París es el quincuagésimo cumpleaños de Miquel Barceló, un pintor nacido en Mallorca, a orillas del mar, y relacionado inicial-

mente con Barcelona, y luego, tras cosechar los primeros grandes éxitos, con París, aunque también con África, ya que pasa regularmente largas temporadas en Mali, pintando, dibujando y esculpiendo. Se trae de allí muchas acuarelas. Barceló es uno de estos artistas incapaces de tomarse un descanso, aunque probablemente no resultaría nada fácil separar su trabajo de la incesante diversión de crear, recortar, esbozar y modelar. Barceló es un pintor y acuarelista cuya gran pasión es representar el mundo. En sus lienzos y acuarelas, en todo él, se manifiesta la alegría infantil por el mero hecho de que las formas existan. Es un artista sensual. Algunas de sus obras—tal vez especialmente las más sencillas, que representan plantas y animales o elementos del universo subacuático del mar Mediterráneo (Miquel es un buzo experto)—rezuman una increíble frescura, como si alguien hubiera visto por primera vez con ojos de un enamorado una acacia, un perro, un mono, un pulpo o una dorada. Podría parecer que el espíritu del tiempo (si es que existe algo así) se ha servido de Miquel Barceló—y no sólo de él, naturalmente—para poner fin al aburrimiento causado por cierto sector de la pintura abstracta cuya cerebralidad se ha vuelto insoportable. Una de las obras maestras de Barceló es la Capilla del Santísimo en la catedral de Palma de Mallorca: un retablo cerámico exuberante y barroco que representa el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Se trata de un insólito festejo de la existencia, una celebración de la vida que ha conseguido una plenitud demasiado plena, puesto que tanto los peces como las hogazas de pan y todas las demás criaturas están estigmatizados por sendas grietas: han alcanzado el límite que separa la madurez de la descomposición. Miquel es un lector ferviente de poesía y nos conocimos así: él había leído mis poemas en una traducción al francés hecha por Maja Wodecka y, más tarde, nos encontramos gracias a los bue-

nos oficios de Rafał Jabłoński, propietario de una galería de arte en Colonia.

LEO LOS «POEMAS TARDÍOS» DE CZESŁAW MIŁOSZ, publicados por Znak dos años después de la muerte del autor. Los detractores de Miłosz—no son pocos en este país tan propenso a las polémicas y a menudo tan mezquino; y, además, su encumbrada posición y su fama lo convierten en el blanco ideal del odio a la grandeza, tan típico de las democracias—sostienen que en los últimos años de vida perdió fuerza poética. Sin embargo, basta con leer unos versos del poema «Orfeo y Eurídice» para ver claramente lo falaz de estas críticas:

Entonó cantos sobre la luz de las mañanas, los ríos entre el verdor.
Sobre las aguas humeantes al alba rosada.
Sobre los colores: el cinabrio, el carmín,
el tostado siena, el azul,
sobre el placer de nadar en el mar junto a rocas marmóreas.
[...]
Sobre las palabras, que siempre compuso en contra de la muerte,
y que nunca celebró la nada con sus rimas.¹

En Polonia, los adversarios de Miłosz se dividen en varias categorías. Hay entre ellos personas que muestran un desinterés total y absoluto por la poesía pero que acusan de traidor al autor de *La mente cautiva*: durante algunos años, formó parte del servicio diplomático comunista (y, sin embargo, nunca celebró la nada con sus rimas: no escribió ni un solo poema que pudiera tener cabida en una antología

¹ Czesław Miłosz, *Tierra inalcanzable. Antología poética*, trad. Xavier Farré, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2011, p. 392. (Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de los traductores).

de poesía estalinista). O les molesta la repugnancia que el poeta profesaba por el nacionalismo polaco, una repugnancia—debo decirlo—del todo justificada. Poco antes del entierro de Miłosz, se alzaron voces que aducían que no era un buen católico y no merecía reposar en el panteón de los beneméritos. En cambio, los que leen poemas le achacan a menudo su tono elevado, hímnico. Hoy en día, hay que escribir de una manera llana e irónica a la espera de tiempos mejores.

Al lee el verso sobre «los placeres de bañarse en el mar cerca de las rocas marmóreas», me viene a la memoria una conversación que tuve con Miłosz hace algunos años. Fue después de unas vacaciones que M. y yo habíamos pasado en Italia, cerca de Lucca, en la Toscana, en compañía de C.K. Williams. Desde allí, a menudo íbamos a bañarnos a Bocca di Magra, una pequeña localidad situada en la Liguria (desde la autopista, se puede apreciar la publicidad del hotel Shelley, lugar donde se ahogó el poeta). Cuando Miłosz lo supo, se puso nostálgico. Lo invadieron los recuerdos del pasado. Había pasado varios veranos en Bocca di Magra, en compañía de Mary McCarthy, Nicola Chiaromonte y otros amigos—él también se había bañado en aquel mar y conservó para siempre el recuerdo de las blancas rocas marmóreas que, en un primer momento, pueden confundirse con las vertientes nevadas de una montaña—. ¡En pleno verano! Pero aquello no es nieve, sino mármol, Carrara, un pueblo famoso entre los escultores, situado al pie de unas montañas de mármol blancas. Y, allí, el mar es de un azul oscuro, cálido, salado, y está cubierto de suaves cabrillas. Sobre la superficie aterciopelada del agua, se abocetan rayas y figuras geométricas irregulares que no tardan mucho en desaparecer: son las huellas dactilares del mar. Las gaviotas revolotean sobre las barcas de pesca. La costa es abrupta como le corresponde al Mediterráneo, porque

las playas llanas y arenosas, sembradas de las enormes toallas de turistas alemanes colorados como gambas, no concuerdan con el carácter de este mar y hacen que se parezca al frío y pálido Báltico al perder su profundo color cobalto.

Miłosz se marchó de este mundo, pensando, trabajando y escribiendo poemas casi hasta el mismísimo final. Se marchó como si se lanzara mar adentro rumbo a Carrara, hacia la niebla azulina y las montañas blancas.

PAUL CLAUDEL dice en algún lugar: «*Celui qui admire n'a jamais tort*» ('Quien admira siempre tiene razón'). Me complace darle vueltas a esta frase que, si bien suena muy poco moderna y—¡como no!—puede ser susceptible de revisiones, afirma en el fondo que la admiración y el entusiasmo son espiritualmente superiores a la crítica, al sarcasmo y a una actitud puramente irónica, al *debunking* de los ingleses y a lo que nosotros llamamos «desmitificación», es decir, al aire que respiran hoy en día los periódicos y la mayoría de los libros.

EN JUNIO DE 2007, acompañado de un grupo de amigos (entre ellos, C. K. Williams y su mujer, así como Georgia y Michael, y Agnès con su inseparable cámara fotográfica), hice una breve visita a Lvov, aunque no tan breve como para no volver a experimentar el mismo escalofrío de misterio que había experimentado durante mis anteriores visitas a esta ciudad. Otra vez era junio—atardeceres largos y suaves que se apagan lentamente y que prometen tanto que, hagamos lo que hagamos con ellos, acabamos teniendo la sensación de haber fracasado por no haber sabido evitar perder el tiempo—. Nadie sabe cuál es la mejor manera de vivirlos: caminar hacia donde nos lleven los pies o